

JOSE A. PÉREZ LEDO

UN  
LUGAR  
AL QUE  
VOLVER

 Planeta

Jose A. Pérez Ledo



Un lugar al que volver

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José A. Pérez Ledo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2019

Depósito legal: B. 1.099-2019

ISBN: 978-84-08-18700-4

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

La culpa de todo la tuvo un libro.

Eso pensaría Tomás al contemplar las cosas con una cierta aunque, sin duda, insuficiente perspectiva. Tuvieron que pasar las semanas, tuvo que ordenar con calma sus ideas y también buena parte de su vida. Y entonces, cuando por fin encontró un momento de reposo, se sentó al borde de una cama que no era la suya, miró la desangelada pared que tenía enfrente y, tras repasar con sosiego los últimos y turbulentos acontecimientos, se dijo:

—Fue por el libro.

No era cierto, desde luego. Los libros no tienen esa capacidad. Se diga lo que se diga, un libro no puede volver del revés la vida de una persona. No, al menos, la de un adulto. Y Tomás lo era, como atestiguaban las canas que empezaban a cubrirle ya no solo la cabeza, sino también las cejas y parte del pecho. Tenía casi cuarenta años. A esa edad, un libro puede, como mucho, trastocar sutilmente las ideas de uno, alterarlas en algún aspecto, desafiarlas, añadir un punto de vista o completarlo, e incluso algo así está al alcance de muy pocas obras. Pero ¿ponerlo todo patas arriba, como fue su caso, de la noche a la mañana? Eso, definitivamente, no está al alcance de ninguna.

La conclusión de Tomás, por tanto, no era más que una excusa. Una coartada con la que justificar ante sí mismo el violento e inesperado torbellino que le había zarandeado como a un pelele hasta postrarle frente a aquella pared que ahora contemplaba en silencio. «El libro —mascullaba—, el maldito libro». Y bien, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Culparse a sí mismo? ¿A su mujer? ¿Repartir la culpa entre ambos? Esa habría sido una opción, de acuerdo, y lo cierto es que se lo planteó. Lo barajó un buen rato, llegó a considerarlo muy seriamente, pero acabó inclinándose por el libro. Aquella resultaba una opción a todas luces menos dolorosa.

Pero ¿por qué al libro precisamente? ¿Por qué no al jarrón, por ejemplo? Después de todo, también el jarrón acabó en el suelo aquel día infausto. Tomás lo recordaba con extraordinaria nitidez, haciéndose pedazos en la entrada, a sus pies, junto a la puerta. Y, sin embargo, al jarrón nunca le echó la culpa. Ni se le pasó por la cabeza siquiera.

Si Tomás eligió precisamente el libro como responsable de sus desgracias fue debido a la naturaleza de este. No era un libro cualquiera. Se trataba de una obra atípica en una edición peculiar, eso que los libreros gráficamente definen como «rareza». Fue esa singularidad la que venció la balanza de la culpa hacia él y no hacia el jarrón o hacia el coche o hacia cualquiera de los demás objetos que participaron, en mayor o menor medida, en el incidente.

—Es una edición limitada de solo seiscientos ejemplares —le había dicho el librero encargado de su búsqueda. Y también—: No sé si podré encontrarlo.

Pero pudo, aunque tardó. Y por eso precisamente, porque pudo y porque tardó, había acabado Tomás al borde de una cama que no era la suya dejándose llevar por aquellas divagaciones oscuras y del todo improductivas.

Aquel libro no fue el causante de sus desdichas, de acuerdo, pero es justo admitir que, sin él, las cosas jamás habrían ocurrido como ocurrieron. Un mérito extraordinario si tenemos en cuenta, además, que ni siquiera se molestó en leerlo. Tan solo lo hojeó, apenas unos segundos, y más por compromiso que por otra cosa. Porque Tomás, conviene aclararlo para evitar malentendidos, no era un bibliófilo. Era, de hecho, más bien lo contrario, si es que tal cosa es posible. «Los libros me aburren», decía siempre que salía el tema, y se encogía de hombros al decirlo, en un gesto que lo mismo podía interpretarse como disculpa que como indiferencia.

Esa ironía (que más tarde formularía de la siguiente manera: «los libros se han vengado de mí por tantos años de desprecio») acabaría por resultarle graciosa. Aunque para eso, para que Tomás fuese capaz de reírse de todo aquello, tendría que pasar el tiempo. Mucho más, desde luego, que unas pocas semanas.

Eran las once y media de la mañana, era miércoles y era el año 2014. Tomás y Sandra se encontraban cerca de la facultad cuando uno de los estudiantes, un chaval flaco con una sudadera negra y el rostro cubierto por un pañuelo palestino, lanzó algo en su dirección. Tomás (todavía no había libro, todavía su vida no se había vuelto del revés) gritó:

—¡Cuidado!

Y Sandra, que en aquel momento daba la espalda a los manifestantes, se encorvó un poco y apretó los párpados con fuerza. El objeto, algo cilíndrico, según fugazmente alcanzó a ver Tomás, trazó una parábola en el aire y atravesó con sorprendente precisión la única ventana abierta de la planta baja.

—¿Qué coño era eso? —preguntó Sandra.

Una explosión sorda resonó dentro del edificio. De la ventana brotó una nube blanca y pestilente que el viento agitó alrededor de ellos en forma de remolino. Ya no había duda.

—Una bomba de humo —dijo Tomás. O más bien lo gritó, que era la única manera de hacerse oír en mitad de aquella algarabía.

Las protestas habían empezado al poco de llegar ellos. La manifestación, en principio pacífica, se descontroló para sorpresa de la mayor parte de los asistentes. Como suele ocurrir en estos casos, un pequeño grupo se desgajó de la masa y empezó a armar trifulca por su cuenta y riesgo, entrando en las aulas, volcando el mobiliario y provocando a los responsables de seguridad, para entonces ya visiblemente superados por la situación.

Tomás se llevó la cámara al hombro y grabó a varias personas abandonando el edificio a la carrera, cubriéndose la nariz y la boca, tosiendo y escupiendo. Un hombre en la cincuentena, el pelo gris y el rostro cetrino, miraba a su alrededor desorientado, preguntándose quizás cómo la universidad se había convertido en algo tan parecido a un campo de batalla.

Sonó un disparo a lo lejos y, acto seguido, otro más.

—¿Dónde ha sido eso? —preguntó Tomás.

Sandra señaló un edificio al otro lado de la explanada.

—Por allí. Creo que es el rectorado.

Caminaron en aquella dirección luchando contra la multitud ahora caóticamente disgregada. Algunos de los jóvenes lucían rictus asustados y se apresuraban en sentido opuesto al suyo, alejándose de los disparos. Otros reían y vociferaban y armaban jarana con cuanto tenían a mano, como si fuese una fiesta que, de algún modo no del todo inconveniente, se hubiese salido de madre.

Frente al edificio que quizás fuese el rectorado o quizás no, media docena de policías armados cargaban con pelotas de goma contra un grupo de encapuchados (o se protegían de ellos, no había forma de saberlo dadas las circunstancias). Uno de los agentes había derribado a un manifestante y lo mantenía inmovilizado en el suelo, la rodilla sobre su espalda, mientras pedía ayuda a sus compañeros. Otros estudiantes le increpaban a gritos: «¡fascista!», «¡hijo de puta!», «¡asesino!».

Tomás empezó a grabar justo cuando tres policías alcanzaban la posición de su compañero en apuros. Los agitadores se reagruparon, cruzaron unas palabras, extrajeron algo de una mochila (¿piedras?, ¿tuercas?) y lo arrojaron contra los policías. Un objeto golpeó el casco de uno de los agentes produciendo un ruido seco que hasta Tomás, en la distancia, pudo oír con nitidez. El policía cayó al suelo y allí se quedó, a cuatro patas, aturdido e inmóvil.

Otro agente, envalentonado, asustado o ambas cosas, se encaró a los manifestantes y disparó una, dos, tres veces. No lo hizo al aire, como ordena el reglamento, sino a la altura de los ojos. Las pelotas de caucho cortaron el aire y se perdieron a lo lejos, pero bastó para que los jóvenes emprendiesen la huida entre gritos de «¡fascista!», «¡hijo de puta!» y «¡asesino!».

—¿Has visto eso? —preguntó Tomás a Sandra, pero ella no respondió porque ya no se encontraba a su lado, ni tampoco cerca, ni a la vista siquiera—. ¿Sandra?

No muy lejos de allí, otro grupo de alborotadores acababa de prender fuego a un contenedor de plástico. El viento empujaba ahora el humo negro hacia Tomás, que entornó los ojos y se embozó con la camiseta hasta el puente de la nariz.

—¡Sandra! —gritó con la voz opacada por la tela. Tampoco esta vez hubo respuesta.

Sonaron más disparos en la otra punta del campus. Un cristal que se rompía, una alarma, un grito de júbilo. De pronto, el caos era absoluto.

—¡Sandra!

Tomás la maldijo para sí, idiota, imprudente, y echó a andar despacio, casi a ciegas, a través de la neblina turbia. Había caminado unos metros cuando se percató de que un móvil sonaba en alguna parte. Tardó un momento en comprender que era el suyo. En la pantalla parpadeaba un número no registrado en la agenda, un fijo de Madrid. Vaciló un momento, pero acabó descolgando.

—¿Sí? —inquirió con la boca cubierta por la camiseta.

—¿Tomás... Barrio? —Era una voz de hombre, suave y melódica.

—Sí —confirmó él—. Soy yo.

—Buenos días. O tardes ya. Le llamo de Besarabia.

Eso dijo la voz, pero Tomás no lo entendió por culpa del bullicio que le rodeaba. Depositó la cámara en el suelo, entre sus pies, y se cubrió la oreja libre con una mano.

—Perdone, ¿cómo ha dicho?

—Le llamo de Besarabia —repitió el hombre, y esta vez Tomás lo entendió perfectamente—. La librería.

—Ah, sí. Sí, dígame.

—Acabamos de recibir su libro. —Y luego, con lo que Tomás interpretó como una pincelada de orgullo, añadió—: Le dije que lo encontraríamos.

—¡Estupendo! —exclamó sinceramente complacido. A esas alturas, era una sorpresa de lo más inesperada—. Me pasaré hoy mismo, esta tarde, ¿es posible?

—Cuando quiera. Abrimos hasta las ocho.

—Bien. Hasta luego entonces.

Nada más colgar el teléfono, una voz sonó a su izquierda, en alguna parte entre el humo negro.

—¿Tomás?

—¡Sandra! —gritó él retirándose la camiseta de la boca para ganar volumen—. ¡Aquí! ¿Me ves?

—¡No! ¡Sigue hablando!

—¿Dónde estás? ¿Hola? ¡Sandra!

—Vale, vale, ya te veo.



En la humareda se perfiló una silueta que fue ganando consistencia a medida que se acercaba. La Sandra por fin sólida y concreta lucía una sonrisa extrañamente alborozada, como si aquella situación le resultase divertida.

—¿Dónde te habías metido?

—He ido a explorar por ahí —respondió ella como si tal cosa—. Se ha montado una buena. Venga, grabemos la entradilla.

—¿Aquí? Hay muchísimo humo.

—Por eso mismo. ¿Cómo tengo el pelo?

—¿Qué más da? No se te va a ver.

Tomás cogió la cámara y encuadró a Sandra, centrada en mitad del plano y apenas visible en la nube tóxica. A su espalda se intuían carreras y llamas y una sirena azul que se aproximaba despacio. Sandra se aclaró la garganta con un carraspeo, sujetó el micrófono a la altura del pecho y sonrió al objetivo.

—Sería —la corrigió Tomás.

—Ay, sí, perdón. —Adoptó entonces un gesto grave y circunspecto, enteramente falso—. Va, cuando quieras.

Un disparo sonó muy cerca.

—Grabando.

A Tomás le aburrían los libros, pero eso no era impedimento para que su casa estuviese repleta de ellos. Los había por todas partes y de toda clase. Ediciones de bolsillo y en tapa dura, obras clásicas y contemporáneas, españolas y extranjeras, teatro y poesía, ensayos y novelas. Había tantos libros, su presencia era tan apabullante, que todas las visitas lo destacaban. «¡Cuántos libros!», exclamaban, y él se veía obligado a aclarar que:

—Son todos de Pat.

Patricia.

Su mujer.

También el libro culpable, ese que lo cambiaría todo, era para ella. Se trataba de un volumen que recopilaba las dieciocho tragedias de Eurípides que milagrosamente habían sobrevivido a los vaivenes de la historia. Lo publicó en 1981 Ediciones Clásicas, una oscura editorial andaluza quebrada poco después, con el sucinto y sumamente descriptivo título de *Tragedias*.

Fue Pat quien lo descubrió en una web de compraventa. Estaban en el sofá, era de noche, y Hugo, su hijo, dormía ya en su habitación con la puerta entornada. Sería diciembre o tal vez enero. Tomás veía una película en televisión, una policiaca contemporánea sin mucho sentido, cuando Pat giró su tableta hacia él. «Mira qué maravilla».

Tomás contempló el libro en la pantalla y ojeó el texto que acompañaba a la fotografía. «Papel verjurado —decía—, filigrana, cinta de registro, guardas decoradas, cortes dorados y encuadernación en piel con estampaciones doradas». Nada de eso le sugirió gran cosa. El precio, sin embargo, sí lo hizo.

—¿Cien euros? —preguntó—. ¿De qué está hecho?

Se arrepintió del comentario nada más ver la reacción de su mujer (dejó de sonreír, se le nubló la mirada). Tomás intentó arreglarlo:

—Si te gusta, cómpralo —dijo, pero ya era demasiado tarde.

Pat negó con la cabeza.

—No, tienes razón. Es carísimo.

Se encogió de nuevo en el sofá con la tableta sobre las piernas y pensó en la hipoteca y en el abrigo que Hugo empezaba a necesitar con cierta urgencia. Pensó también en el ruido que últimamente hacía la lavadora, un sonido seco e inquietante que le llevaba a pensar que cualquier día, en el momento más inoportuno, saldría volando y ya no la verían más. Abrió otra pestaña en el navegador y tecleó:

«Lavadoras precios».

No volvieron a hablar de aquel libro y Tomás se olvidó de él. Hasta una noche, tiempo después. Quedaba un mes para el cumpleaños de Pat. Él estaba en la cama, somnoliento pero aún despierto, cuando, sin más, le vino a la mente. Recordaba el título, *Tragedias*, pero no el autor. Podía ser Sócrates, pero también Arquímedes o Aristóteles o ninguno de ellos. Todos esos nombres griegos le resultaban indistinguibles, ¿quién era el matemático, quién el poeta?

De una cosa estaba seguro: sería un regalo magnífico. Pat no solo apreciaría el libro en sí, también lo que este simbolizaba, una disculpa por aquel comentario inoportuno, meses antes, en el sofá.

Temiendo olvidarlo de nuevo, porque lo que se piensa en duermela no siempre sobrevive a la madrugada, tomó el móvil de la mesilla y apuntó:

«Tragedias».

—¿Qué haces? —murmuró Pat más en sueños que en vigilia.

Él la besó en la frente.

—Nada. Duerme.

A la mañana siguiente, nada más llegar al trabajo, Tomás se sentó frente a uno de los ordenadores de la redacción y escribió en el buscador: «tragedias griegas». Eso le llevó a Wikipedia, epígrafe de máximos exponentes, y allí se topó con Esquilo, con Sófocles y con Eurípides.

En eBay, donde Pat había descubierto el libro, fue tecleando uno a uno los nombres de aquellos griegos. Lo encontró a la tercera. Era el mismo ejemplar, no cabía duda. La misma portada y la misma descripción (filigrana, papel verjurado, cinta de registro, etcétera). Todo era idéntico, salvo un detalle. Donde debía figurar el precio, cien euros, había ahora unas letras en rojo sangre: NO

DISPONIBLE. Tomás no podía creerlo. ¿Quién más querría un libro semejante?

Lo intentó en otras webs, en tiendas digitales y en el escaparate virtual de unos grandes almacenes hasta que, de pronto, se acordó de la librería. *Aquella* librería. Hacía años, en el programa hablaron de libros antiguos, a saber con qué coartada, y visitaron una tiendita cuyo dueño, hijo y nieto de libreros, se decía capaz de encontrar cualquier obra por rara e inaccesible que fuese. ¿Cómo se llamaba? Tenía un nombre extraño, complicado.

Preguntó a María Jesús, la documentalista, cuya capacidad nemotécnica era célebre en la productora. Le habló de aquel reportaje emitido dos años antes, tal vez tres. María Jesús empezó a asentir antes de que terminase de hablar.

—Besarabia —dijo.

Una hora después, Tomás cruzaba la puerta de la librería.

—Claro que conozco ese libro —aseguró el dependiente, hijo y nieto de libreros. Tenía modales delicados, la voz suave y melódica—. Ediciones Clásicas, ¿verdad? Una edición estupenda. Muy cuidada. No será fácil de encontrar.

Tecléo algo en su ordenador, un viejo portátil que ronroneaba en respuesta a cada comando, y se quedó mirando la pantalla por encima de sus gafas de intelectual nórdico.

—Es una edición limitada de solo seiscientos ejemplares. Sin una sola reimpresión, por lo que veo. —Masculló algo y levantó la vista hacia Tomás—. ¿Lo necesita con mucha urgencia?

Le explicó que era un regalo. Debía tenerlo en tres semanas. El librero se encajó las gafas con el meñique de la mano izquierda, un gesto extraño que, sin embargo, ejecutó como si tal cosa. No sería tarea fácil, dijo, pero se comprometía a hacer lo posible.

—Deme su teléfono. Le llamaré en un par de semanas.

No lo hizo y, pasadas dos semanas y media, Tomás se plantó de nuevo en la tiendecita. Quedaban cuatro días para el cumpleaños de su mujer.

—Sigo buscando —se excusó el librero—, pero no hay manera. Mis contactos habituales no lo tienen. Estamos todos detrás de él, se lo aseguro. Aparecerá tarde o temprano, pero no le puedo decir cuándo.

De haber detenido Tomás al librero en aquel momento, los eventos posteriores (que le abocarían a una cama que no era la su-

ya) se habrían desarrollado de manera muy distinta. Sí, Tomás pudo haber dicho «déjelo, no se moleste». Eso habría sido lo más juicioso, pero el hecho es que le dijo:

—Está bien. Siga buscándolo.

Era evidente que no llegaría a tiempo para el cumpleaños de Pat, ¿por qué entonces no se dio por vencido? ¿Por qué seguir persiguiendo aquel libro que, al parecer, nadie, en ninguna parte, era capaz de localizar?

Había dos motivos.

Para empezar, Tomás quería agasajar a Pat en compensación por la frialdad que se había instalado entre ambos en los últimos meses. Nada especialmente grave, nada insólito en una relación tan duradera como la suya. El tiempo encauzaría las cosas como tantas veces había hecho en el pasado, pero un regalo como aquel aceleraría el proceso.

El otro motivo, quizás el principal, sin duda el principal, era el orgullo. Un orgullo ridículo y pueril que le impedía rendirse a esas alturas. Con el paso de las semanas, la búsqueda se había ido convirtiendo en una suerte de duelo entre el libro y él. Tomás sentía que, de algún modo, el libro le estaba desafiando, burlándose de él, escabulléndose deliberadamente (falso: los libros no se burlan, los libros no se escabullen).

Llegó el cumpleaños de Pat y Tomás le regaló unos botines marrones que ella había visto en un escaparate de la calle Fuencaerral. Acudieron juntos a la zapatería, con Hugo de la mano. Pat se los calzó, caminó un poco, se miró en un espejo que había apoyado en el suelo y le preguntó a su marido qué le parecían. A Tomás le parecieron bien, solo eso, porque eso era todo cuanto podía opinar sobre unos botines. Luego deslizó su tarjeta de crédito por el datáfono y de este modo celebraron que Pat acababa de cumplir treinta y seis años sobre el planeta Tierra.

Tampoco ese día hubo noticias de Eurípides. Pero sí una semana después.